

La sombra de Suecia en mi obra<sup>1</sup>

## (El Otro)

1.- Me parece que una de las constantes de la vida –de mi vida- es encarar al Otro. En ello ha transcurrido mi tiempo a partir de un viaje lejano de la infancia, cuando descubrí que los bordes del mundo eran más amplios que mi ciudad, que mi lengua, que mis hábitos. Y así tomé un barco para viajar a Suecia que, además, me enfrentó por primera vez con la escritura, al verme en la necesidad escolar de llevar un diario. El hecho de escribir (tenía yo 9 años) me hizo fijarme quizá con más cuidado en lo que me rodeaba, incluso en los misterios del tiempo.

El aire salino se le cuelga entre las trenzas y está a punto de arrebatarse la boina azul marino que su mamá le detuvo con pasadores de metal, pasadores que le restiran el pelo y pican la cabeza. Su falda escocesa tableada y tobilleras blancas dejan ver las flacas piernas infantiles un poco abiertas, como le enseñó su papá, para guardar el equilibrio. De su mano cuelga un muñeco de hule.

La niña quisiera llenarse de ese aire picoso, guardarlo muy adentro para que no se le vaya nunca. Porque todo es tan nuevo que sigue sin estar segura de que mañana no acabe descubriendo que se trataba de un sueño, de un juego más. Y es que a ella siempre le han gustado mucho los barcos, verlos deslizarse suavemente por el agua; deslizarse ella por los mosaicos del suelo imaginando ser uno, ir en uno...

Ve luego a su papá conversando con un señor, ve a éste ofrecerle un puro, y ve también que ella no entiende las palabras que se dicen ambos. Muy pronto, en ese olor del aire tan nuevo, al lado de la brea se acomoda el aroma del tabaco. Un golpe de viento le cierra los ojos, la niña sonrío dichosa. Aún siente el picor de la sal arañándole nariz y garganta.

Al cabo de un rato su papá vuelve y la toma de la mano, y el señor llama a un niño bastante mayor que ella. Tal vez puedan jugar durante la travesía, aunque ella lo duda. Cuestión de edad y género, pero, por otra parte, habrá que sacarle partido a lo que se le presente.

La niña poco a poco se ha acostumbrado a esos sonidos nuevos, a esas palabras que su papá y los otros pasajeros y los marinos pronuncian. No que pueda comprenderlas, sin embargo su música se le va instalando gratamente en los oídos. Esa manera de hablar le parece cantarina y dulce, acaso porque cuando los marinos detienen sus labores un instante, y le sonrían y le dicen cualquier cosa, bajan el tono de la voz, la suavizan, para después, unos hasta pronunciar graciosamente alguna

---

<sup>1</sup> Los fragmentos corresponden al capítulo “Barco de gran calado” en *Viajes paralelos*, Editorial Alfaguara, México, 2004

palabra en la lengua de la niña.

El tiempo aquí camina, junto con el barco, todo el tiempo, todo el tiempo, así que cada mañana deben moverse las manecillas de los relojes para alcanzarlo.

Y así desembarcamos en Gotemburgo.

Es como si siguiera en el barco, piensa la niña caminando por el muelle entre sus padres. Alza los ojos a lo azul de las banderas con su cruz, cuyo color evoca los campos florecidos de mostaza que después conocerá, y que ondean en el puerto contrastando con lo nublado del cielo. Hace frío. Su padre se encasqueta bien el sombrero; su madre le sujeta bien la boina y le arregla las trenzas y luego se acomoda el velillo del propio sombrero. Delante van sus enormes maletas. De pronto, una mano con un pañuelo, una sonrisa y una mujer alta, delgada, de cabellos grises, que se apresura a abrazarlos. Es su tía.

La niña deberá acostumbrarse a los tonos del cielo, al peso del aire, a sus olores. Deberá acostumbrarse, también, a la arquitectura de la ciudad, tan distinta de la suya, a la presencia cotidiana del mar. Los ojos se le abren con desmesura para apropiarse de lo que mira. Sin embargo, nada, pero nada, se puede comparar al asombro de ver por todas las calles extensos sembradíos de bicicletas. En el arroyo están alineadas casi como hileras de claveles; las hay rojas, azules, negras, verdes. Es algo que aunque lo tiene frente a los ojos le parece irreal. Y luego observa a hombres, mujeres, niños, niñas que surcan el espacio pedaleando o —si son muy pequeños— dentro de una canastilla prendida al manubrio. Incluso hay bicicletas largas como ferrocarril que llevan a toda la familia: el papá, adelante, la mamá, atrás, y en medio de ellos, delante a ellos, detrás de ellos, en la misma bicicleta, los niños. Y así se desplazan por la ciudad donde los escasos coches deben ir muy precavidos, ciudadanos de segunda en este reino de dos ruedas. Porque también sabe que sí, que es un reino de a de veras y que el príncipe heredero tiene tres años y que una de las princesas es de su misma edad.

2.- La ahora inescapable globalización aún no se asomaba al horizonte, lo que sí se asomó fue la eternidad del sol de verano escandinavo. La 2ª Guerra Mundial había terminado apenas dos años antes. Y Suecia en ese tiempo vivía muy dentro de sí misma. Y si para mí, su paisaje marino, lacustre, boscoso, su luz, me llevaban de asombro en asombro, mi aspecto y mi idioma hacían a la gente en la calle reparar en mí. Así fue como el Otro, lo Otro, me marcaron para siempre. En mi casa había escuchado hablar de aquella guerra, pero fue en Suecia donde el concepto se me hizo más claro, cobró realidad.

Y de nuevo surge esa palabra que ha rondado —desde que tiene memoria— las conversaciones, y que justifica sin explicar: la guerra. Ahora se trata de ir a una oficina para que les entreguen ciertos papeles, de los que ella no tenía conocimiento. Claro que la niña no tiene conocimiento de muchas cosas, así son los niños; poco a poco irán aprendiendo. Y ella quisiera saber tantas cosas... Su papá le dice que son cupones de racionamiento para los alimentos. ¿Cómo?, quiere saber. Falta comida por la guerra que terminó hace poco. Pero tú dijiste que aquí no hubo guerra. Pues así es, pero no hay suficiente de comer. Un boleto para una ración de mantequilla, un boleto para una ración de pan, un boleto para el helado... Pero los tres de arenque —día a día— van a ser suyos. Ve la mirada cariñosa de sus padres, su sonrisa; se siente bien.

Poco a poco fue llegando el verano lluvioso. Acaso por eso, los días nublados, me regalan un ímpetu infantil que me exalta y que le devuelve a mi memoria aquel tiempo de descubrimientos y entonces la escritura se echa a volar.

Un día se internan a pie por un bosque a pesar de la llovizna. La niña se calza las botas, se pone su capa azul marina de filos rojos. Caminan un buen trecho, la espesura es grande. Rodeada, rodeada, rodeada de árboles, bajo la bóveda estremecida de la fronda. A sus pies brotan los hongos rojos de sus cuentos de gnomos. Y así como brotan los hongos, brotan en su memoria otros personajes que cobran vida, igual que las historias que suceden en sitios similares a éste, o en donde, en lo intrincado de los abetos, los niños pierden el camino de vuelta a casa. Es como meterse casi dentro de un libro. Caperucita Azul, le dice su madre, cuidado con el lobo, y la niña piensa que aquí eso tal vez sí pueda pasar, aunque no lo cree. Y es que el placer de los cuentos es vivir otras historias, ser otras personas, sólo imaginar...

Tienen que llegar a tiempo para la fiesta. La niña ignoraba que hay un día que es el más más largo de todo el año, aunque ya sabe que, en este país, todos se ponen alegres de que el sol quiera quedarse con ellos por algún tiempo. Y para alegrarlo, le cantan y bailan ataviados con sus trajes de campesinos: con sus faldas azules con rayas de colores y sus blusas blancas y sus corpiños verdes y sus gorras rematadas en pico y sus pantalones amarillos y sus camisas blancas y sus casacas azules y sus chalecos y gorros negros con filos rojos. A la niña le compran un vestido.

Ve llegar a la gente en largas barcas, de largos remos. Vienen de muchos sitios para la fiesta. Una barca tras otra sin parar, adornadas con ramas de hojas muy verdes y floreadas. Van a reunirse alrededor de un alto poste de madera adornado también con coronas de flores. Y cantarán y bailarán toda la noche tomados de la mano para decirle al sol que se quede con ellos, que las flores son muy hermosas, y

las frutas, dulces como la miel, y que ellos quieren ser felices, quieren cantar y bailar para siempre. Quieren olvidarse del frío, y amarse en los pajares, bajo las sábanas de lino bordado, entre los árboles del bosque, a orillas del agua de los lagos o de los ríos.

La niña conoce algunas de las canciones y, muy quedito, las canta también. De pronto piensa en su casa, en todos los que están tan lejos, y la tristeza se le deja caer encima. Pero por sobre la música brota, vigoroso, el recuerdo de una canción de su tierra lejana, y ella la tararea a contracorriente. Sueña que cuando el sol por fin se oculte y salga del otro lado del mar, va a llevarse entre sus rayos esa melodía. Sabe que allá el sol los visita siempre siempre, que no los abandona como aquí. Y ella quisiera al menos asomarse por una ventanita, saludar a sus abuelos, a sus primos, a sus amigas. ¿Volver?

3.- Me parece que lo desconocido tiene dos etapas: la del asombro, pero, también, la del temor que lleva a rechazar al Otro, a guerrear contra el Otro, a buscar imponer lo propio, que se toma como una verdad absoluta. Mi encuentro con costumbres diferentes a las de mi país me hizo estar alerta desde ese entonces. Entendí que hay formas diversas para ir por la vida.

Llevarán a la niña a conocer a sus primos; y sucede que ella aún no se atreve a viajar cómoda en la otra lengua. Le da temor encontrarse perdida en ese oscuro bosque de palabras. No es fácil, no es nada fácil; sus padres parecen no darse cuenta de nada, mientras continúan con los preparativos; y el corazón de la niña salta y ella siente que la ahoga, que quiere salirse y huir de su pecho como ella quiere huir de la cita.

El césped del jardín, la suave cascada de flores, treparse al árbol de cerezas, el primo grande, el primo de su edad y las pequeñas gemelas. ¡Primas gemelas! La niña tiene unas primas gemelas que son iguales, como si estuvieran de un lado y del otro del espejo, y son sus primas. La risa y el juego, la tibieza de la tarde y el sol, ese eterno sol. Las palabras que olvidan su torpeza.

Llenan de agua una enorme carretilla, los dos primos ya están desnudos ahí dentro gritándole, haciéndole señas para que se arranque la ropa y los alcance. La niña titubea, allá donde ella vive, nadie se pone a jugar así, desnudos, hombres y mujeres desnudos. No, nunca lo había visto antes. Y aquí hasta caminando por los parques se encuentra a la gente grande y pequeña sin ropa y sin que a nadie le parezca extraño. Deben tomar el sol, porque vendrán muchos meses de nieve y oscuridad, le han dicho, no obstante, a ella le parece extraño. Y ahora está a punto de desvestirse también. Es sólo que le da vergüenza.

Y una de de las forma diversas de tomar la vida es la presencia del paisaje, que en la Suecia de mi infancia, me cautivó y que yo he incorporado, a lo largo de mi obra, sea ésta para niños o para adultos, sin realmente ser consciente de ello. Y, de hecho, los libros infantiles suecos con sus muy bellas ilustraciones han sido un referente para los míos.

4.- Aún recuerdo la llegada a Estocolmo y el reencuentro con el niño mexicano como yo, que conocí en el barco y que era hijo de un sueco muy amigo de mi padre.

Y, viajando y viajando, llegan a la ciudad más grande del reino, ahí viven el abuelo rey y esos niños príncipes que ella quisiera tanto conocer. ¿A qué juegan los príncipes? Cuánta agua. Está construida en medio del agua, construida sobre islas como si fuera sobre zancos. Y vivirán en una pensión, cerca de la ciudad vieja donde se halla el palacio real. Tal vez, tal vez algún día se los encuentre en la calle. ¿Saldrán los príncipes a jugar a la calle como suele salir ella, en su ciudad con sus amigas?

Por lo pronto, a esa misma pensión van a llegar el niño del barco y sus padres. Al fin alguien con quien jugar todos los días, aunque sea bastante mayor, aunque sea hombre. Las palabras volverán a encontrar otros derroteros mucho más próximos, y es que los adultos y los niños al utilizarlas las modifican, no dicen ni quieren decir exactamente lo mismo.

Entre mis recuerdos están dos campanitas que compramos en Skansen con las que los niños nos llamábamos de un piso al otro en la pensión donde vivíamos. Así, una larga tarde –puestos de acuerdo por ese tilín de bronce- salimos a pasear y Bertil –mi amigo- tiró el papel de un helado en la calle, súbitamente, un policía vino a reprendernos por el desacato. Ambos pensamos que daríamos con nuestros huesos en la cárcel. En aquel momento se me hicieron presentes reglas de civilidad que no se ejercían en mi ciudad y que aún distan mucho de haberse resuelto, aunque las cosas han cambiado en el mundo entero desde aquel entonces.

En este país las tiendas han quitado las vidrieras de sus escaparates, es fácil tomar alguna mercancía con sólo estirar la mano, pero nadie lo hace, y ellos, por supuesto, tampoco. Lo que sí hacen ellos es recorrer sin sus padres las calles. Son libres como nunca antes lo fueron. Es muy divertido. Así, van de un lado al otro, y

la gente los mira y los escucha con sorpresa. Varias manos se han posado sobre las gruesas trenzas castañas de la niña. Parece que no creen que el cabello pueda ser tan abundante, tan distinto. Y a ambos les preguntan sobre su lengua, que la sienten muy ajena. ¿De dónde son?, ¿de dónde son? Qué orgullo pronunciar el nombre de su país. Y luego ver el gesto de incredulidad, ¿de tan lejos?

Debo comentar, además, que la convivencia con dos lenguas tan distintas sirvió de espejo donde se reflejaba el Otro y que otorgaba la conciencia del placer de las palabras. Su reconocimiento tranquilizador.

Se han acercado varias veces a la residencia real, y la niña ha sufrido una decepción, porque ella se imaginaba un castillo de altas almenas como los de sus libros de cuentos. Y así no es. Además, tampoco ha visto salir a los príncipes. Pero le gustan mucho las grandes casas de techos verdes a la orilla del agua, le gusta la torre verde de las iglesias, le gusta caminar por las tardes de la mano de su amigo y cargando, en la otra, su muñeco de hule con todo y biberón, hasta un pequeño café para pedir refresco y pastel. Y claro que lo que más le gusta es el instante mismo de pedirlo. Cada tarde le resulta igual de gozoso. Cuestión de palabras —*kaka*—. Se dice *kaka*, pero aquí se come, es pastel y sabe rico.

Y en el pequeño café han aumentado los comensales, porque llegan a observar al par de niños que se turnan con el biberón de la muñeca y que hablan esa extraña lengua que los de aquí no han escuchado antes. Una tarde se les acerca un señor que se sienta a conversar con ellos, un señor que sí habla la lengua de los niños, aunque a ellos les suene ésta un poco rara. El señor tiene lágrimas en los ojos cuando les dice que su esposa está del otro lado del mar en un país que no es el de los niños, y que los separó la guerra, y que él aún no ha podido regresar con ella, y que está tan feliz de escucharlos que quiere comprarles un juguete para agradecerles el regalo de la lengua. Lo que quieran, lo que quieran. La niña escoge un pequeño cencerro —a más no se atreve— y piensa que se lo pondrá a Mificuz.

5.- A partir de la reflexión a la que me llevó mi diario infantil, pero miento, antes aún, el misterio que se oculta y que a veces se deja entrever, el misterio de lo sagrado, previo a ser reglamentado por una religión, me ha estremecido cuando se asoma de pronto.

En aquel tiempo lejano, para ir en “paz de Dios”, hice mi primera comunión un mes antes del viaje. Fue un tiempo intenso en el que yo sin saber bien a bien qué, deseaba acceder a un estado casi místico. Y, puesto que yo no asistía a una escuela religiosa, una monja exclaustada, supongo que por la guerra cristera o algo así, me

preparó para ese día celebratorio. Tal vez de ahí parten mis primeros recuerdos frente al Otro. La monja me informó que sólo había salvación para los católicos, y yo le pregunté que iría a suceder con mi familia de Suecia. “Pobres, si son buenos, tal vez no se condenen porque ahí no conocen la verdadera religión”.

Así las cosas, llegué a la catedral que yo pensaba era un sitio casi diabólico.

Un día la llevan sus padres a visitar la iglesia grande de torre alta y verde y techo muy verde también. Mas la niña no estaba preparada para el temblor maravillado de su corazón. No, no estaba preparada para adentrarse, desde la primitiva sencillez de la fachada por la penumbra del recinto, para admirar los muros en su desnudez casi ardiendo bajo el color radiante de los vitrales, para sentir que la luz llega del cielo y que es lo más cerca de Dios que puede estarse, para saber que nunca ha visto algo más hermoso, para prometerse buscar lo hermoso siempre. No, no estaba preparada para la intensidad del momento que vive.

Muchos años después, en Estados Unidos conocí a un poeta sueco Rolf Åggestam, más o menos de mi edad, quien me contó que a él en su infancia el pastor le había asegurado lo mismo sólo que al revés. Y que su reto era tocar a la puerta de la iglesia católica temiendo que el diablo se le apareciera. Cuando, por fin lo hizo, y vio a un pacífico cura francés, entendió –como entendí yo- que el Otro merece al menos el beneficio de la duda.

Debo señalar que busqué por cielo, mar y tierra una fotografía del templo, sin resultado. Con sólo el recuerdo escribí el capítulo, entonces, milagrosamente, me regalaron un libro con varias fotos. Decidí incorporar, al respecto, una charla entre el Ajusco -montaña que veo desde mi ventana- y la narradora.

#### Apostilla

A veces me miras quizá buscando respuesta en la distancia. Y sé que cuando el tono del aire de la ciudad es claro, te fijas en mí, y casi hasta querrías contar el número de árboles, el número de casas que van trepando por mi ladera. Lo que ignoras es que también yo te observo, sentada frente a tu ventana, tan abstraída que hasta parece estar a punto de integrarte a otras regiones. Tienes las manos en las teclas o están repasando los datos que has logrado recabar con mucho esfuerzo. Pero también sueles tener las manos lacias sobre la mesa, mientras tus pensamientos buscan lanzarse al vuelo. Y acaso mi presencia te lleve a pensar en el tiempo, en tu tiempo, y en aquel tiempo futuro donde yo seguiré erguido, cuando tú ya no seas.

Y por fin una tarde en que va con su madre a unos grandes almacenes, una señora y una niña más o menos de su edad están comprando ropa también cerca de donde lo hacen ella y su madre. La niña es rubia, parecida a muchas otras, la señora tampoco se ve diferente de las otras señoras. Es sólo que... es sólo que es una de las princesas niñas con su mamá. Entonces descubre —con cierto desencanto— que se visten igual que ella, que son como ella, que la gente es igual, y eso no va a olvidarlo nunca, que en este país, a la gente le gusta que todos sean iguales, que eso los pone muy contentos, y que las princesas que ella conoce sólo viven en sus libros. Y que a ella le gustan mucho los libros.

6.- Esa manera tan poco formal para atender a la familia real me llamó enormemente la atención y me dio mucho en qué pensar. Vi que no había gran diferencia entre la gente. Y soñé eso mismo para mi país. Una vida de paz y justicia, aunque el tiempo me ha desmentido con los hechos sangrientos y abusivos a lo largo del mundo. Desde entonces he estado involucrada en la preocupación y lucha contra la injusta situación que se vive en México. En realidad, es en artículos periodísticos donde la abordo. Pienso que la literatura comprometida suele comprometer el oficio del escritor limándole las alas. No me mantengo al margen, no puedo permanecer en silencio, sólo que lo enfatizo a través de otro medio: la prensa.

En este breve recuento seleccioné algunos fragmentos anecdóticos y no del todo exactos con los hechos de mi vida, y dejé de lado la otra parte del discurso, la reflexión general que abandona a la niña para dar cuenta de las palabras de la mujer adulta.

7.- Antes de concluir, quisiera referirme a otra forma de alteridad en mi obra. En un cuento “Fiebre de navidad” será un sueco, Hans Lindgren, quien también viaja, ahora en diciembre, a una región selvática de México, donde es picado mortalmente por una víbora. El hombre, en su delirio, cree ver a su hija Anna caminando hacia él con la corona de velas del día de Santa Lucía que acaba de pasar. Su cuerpo no puede entender que está a 45° de calor, cuando él ha llegado desde las nieves de su



país. El paisaje, el clima, el tono ofrecen un contraste muy grande entre sus costumbres y las que logra atisbar en México.

Agradezco su compañía en la recreación de este viaje mío donde no pensaba siquiera recobrar hoy la Suecia de mis jóvenes años adultos. Lo que yo deseaba era recobrar aquel sitio, ahora inexistente, visitado en la infancia, y que me marcó para siempre, como marcó mi escritura.

Uppsala, octubre 17, 2007